

La lleva delante de los ojos y en el corazón. De sus entrañas sacó la mejor veta de españolismo por encima de banderías y por encima de las mentirosas creaciones que aseguraban una Cataluña desligada del auténtico sentido nacional. Y el Generalísimo Franco, el hombre que cruzara estas mismas tierras de panllevar, suavemente amorosas y deliciosamente austeras, broncas en los Pirineos, deleitosas a la vera del mar, con sus ojos despiertos más que nunca por encima de las fatigas de la guerra; su alma aguzada para reconquistar ciudades y pueblos sacrificando el menor número de combatientes; su tesón y prisa para alcanzar lugares de tortura en que eran los pardos uniformes militares alivio y liberación, volvió el pasado año a cosechar el fruto logrado de su triunfo.

Donde antes había tropezado con la desolación y con la angustia creada por los marxistas hay un pueblo en marcha, rejuvenecido. Acentuado el perfil histórico, y la heroicidad — por debajo de la piel corre pugnando con la fácil dulzura de la vida catalana — heredada de Almogávares. (Hombres que iban a la guerra con sólo su empuje y porque desvelada llevaban el alma y las fuerzas, animaban con golpes al hierro de sus espadas a que despertasen. — «Desperta ferro»). — Marcado como a fuego su ableno tradicional. Abados mitrados y señores obispos fueron su cortejo, como antaño los tuvieron reyes de Castilla y de Aragón como Franco, conquistadores y combatientes y jefes de los padres de los mismos hombres que hoy él — Franco — tiene a sus órdenes. Monasterios le abrieron sus puertas y le acogieron. Y los ojos monacales plácidos de continuo se intranquilizaron, por una vez, para mejor guardarle. Y las ciudades y las villas pugnaron por ofrecerle su acogida, madrugaron para saludarle. Partieron con él, en mesas que su austeridad no quiso abundantes, la frugalidad de su pan. También los menestrales y los que lo ganan con el sudor de su rostro pugnaron por acercársele. Por verle y porque los viese. Y los soldados compusieron su más rígido gesto para desfilar marcialmente por delante de su tribuna. Y la Falange, en camisas azules, le dió el molde de un pueblo que quiere y pide la dureza militar en la austeridad del monje. Que ya no quiere ni el paraíso ni el descanso, sino la gloria. Y un ángel con espada desnuda, implacable, que vele por el porvenir de la Patria. Como implacable el del paraíso batió una espada de fuego delante de las lágrimas del primer hombre. Los camaradas de las juventudes abrieron sus ojos para que les indicase un camino, y los oídos para escu-

Cataluña no olvida la visita del Caudillo

char sus consignas y se las dió como jefe y como señor... Porqué no fuese trabajo perdido el esfuerzo de una juventud española. Martilleante obsesión en la firmeza del Caudillo, cuando en Tarrasa, el 27 de enero, encontró a tres veteranos casi centenarios de las guerras carlistas que, tocados con su gorra roja, le ofrecían el respeto de un homenaje venerable por muchos conceptos y por ser casi secular.

Cataluña no olvida la visita del Caudillo porque como los ojos llenos tiene los oídos de sus palabras. Firmes, exactas. Crudas en muchas ocasiones. Y es que la vida es así y nos han tocado tiempos amargos. No tanto como cuando en Castilla caíanse, por culpa de las persistentes guerras, hombres y mujeres de hambre en calles y plazas; ni como cuando envueltas en luchas pasaban las generaciones de españoles. Y no envejecían los hombres porque de parte a parte les pasaban con dos palmos de hierro de un lanzón o les partían los tajos y mandobles de espadas que apenas si tenemos,

hoy, nosotros, fuerza para manejarlas. Frente a la dureza no es de hombres encogerse y agallinarse. Es de hombres advertir cuales son las mejores soluciones para remediarla y poner el pecho, pues sólo superando dificultades se logran los heroísmos y únicamente amontonando heroísmos se consigue la perdurabilidad de la Patria. ¡Malditos de Dios sean quienes olvidan su verdad suprema, y por un efímero pasar que se les ha de terminar en dolor y en muerte, traicionan la unidad de historia y de destino que a todos nos encarna, liga, rodea y envuelve con antepasados y venideros!

Y Franco dijo: «No pueden ser momentos de grandes alegrías, cuando los estómagos están medio vacíos y vivimos días de sufrimiento». Y el pueblo de Barcelona que le rodeaba, en cantidad enorme, imposible de precisar, rompió las manos aplaudiéndolo. Porqué — otra vez lo repito — no siempre interesa el pan y a veces de buena gana se cambia por la justicia. Como por simple arbitrio y gusto dejamos el descanso por la fatiga, el reposo por el trabajo, el abandono por la pelea. Después de un cansancio

Sociología y Franciscanismo

Estamos en un período que podríamos llamar reconstructivo de una sociología que ya reinó y que la revolución individualista y anticristiana del siglo XVIII destruyó, intentando una bárbara centralización congestiva y una nivelación de condiciones en abierta pugna con la misma naturaleza humana; un período reconstructivo varias veces tentado hasta ahora y nunca obtenido sino en nuestros tiempos gracias a la insigne ciencia cristiana que prestó sus luces y dió inicio a esta grande reforma social que tenemos ante nuestra vista.

Justo es decirlo que esta reforma social no es otra cosa que la moral cristiana llevada al derecho positivo puesto que cada ley social es un mandamiento de la ley divina injerto en la legislación civil. Si algún día la ética religiosa será el imperativo categórico de todos los hombres, ese día la legislación social será considerada como cosa superflua y la paz reinará en el mundo, convertido en antecámara del cielo.

Esta que podemos llamar socialización cristiana y esta inhibición del espíritu de Cristo en el derecho público, fué y sigue siendo el programa social de Francisco y del franciscanismo.

En el carácter caballeresco de San Francisco debemos buscar los precedentes que llamamos sentimentales de la acción social, porqué el espíritu caballeresco es substancial-

mente cristiano y de verdadera reforma social.

El espíritu de San Francisco de Asís es como la fórmula de la fuerza social, que el Cristianismo ofreció siempre contra todo individualismo anárquico, que esteriliza cualquier ideal.

Los principios sociales de la ideología franciscana podemos reducirlos a dos, capitales. El Franciscanismo enseña como doctrina fundamental que todos somos hijos de un mismo Padre que está en los cielos, que llueve sus gracias sobre buenos y malos y derrama su benéfico sol sobre justos y pecadores.

De este principio deriva para San Francisco aquella grande idea de fraternidad universal, corolario indeclinable de la ascensión operada en la estimación del valor humano, así como también aquella simpatía humana factor decisivo de la sociabilidad.

Esta simpatía humana es en suma para el Franciscanismo, la piedad «pietas», reducida al acrecentamiento del amor, por la contemplación del dolor ajeno, en el que vemos un reflejo del propio. Pero entonces el débil, el que está colocado en una situación de inferioridad, el que padece mayores dolores, no es una excrecencia nociva que haya que extirpar, es una planta que hay que cultivar con amorosos cuidados. El débil, objeto de lo que llamará Spencer «la generosidad inconsiderada de la Beneficencia», se convierte así para el Franciscanismo, de carga molesta en

(Continúa en la página 3)

de siglos que desmembró lo mejor del solar español y que hundió nuestro Imperio en torpezas de ministros que abandonaron hasta ciudades españolas — pongo por caso Orán — por las ventajas, que no disfrutamos de un simple tratado de comercio, y que culminó en revuelos y revueltas y en las palabras contemporáneas de algunos traidores que pretendieron hasta el abandono de lo poco que en Africa nos queda, rompió todo el pueblo español con su comodidad en una lucha épica de tres años a las órdenes del Caudillo. Y ya antes, como preparándola, cuando formaba en las filas del Tercio y era su nombre garantía de una fuerza que encarnaba sonando al viejo Flandes la mejor heroicidad, de los más duros barrios barceloneses — él lo recordó — surgieron voluntarios catalanes que quizás antes habían empuñado las pistolas y que combatiendo allende el Estrecho eran una expresión de rebeldía contra una Patria decadente. Eran vanguardia de Reconquista para nuestra guerra, como ella fué vanguardia de oposición contra el predominio comunista en Europa. Hombres que morían a lo heroico, con las botas puestas, y sin cuyos sacrificios y sin cuya muerte, no hubiésemos visto reconquistando las tierras catalanas hermanados con batallones del Ejército, Banderas de Falange y Tercios de Requetés, la exótica estampa de los tabores con sus hombres de zaragüelles y chilabas.

Vieja España esta de las tierras catalanas que ganó el Caudillo para la Patria con la guerra, y para la Patria con su magnanimidad y su corazón. Tierra vinculada a reyes aragoneses de que previno el rey Católico que encabezó con una Infanta castellana — Isabel — el imperio y la unidad. ¿Que importa que se discutan figuras de pigmeos que nada han podido contra la historia y contra el destino universal y común? ¿Que importan las añoranzas sensuales y vegetativas irracionales de tipos que hemos visto todos absurdamente desvaídos en su bohemia y en la ridiculez de sus chalinas? Cataluña entera a sacado a relucir delante de Franco su perfil limpio, claro, equilibrado, mediterráneo, trabajador. Su ímpetu heroico en combatientes nacidos en su tierra que buscaron la guerra después de una peregrinación ardua y peligrosa, por sobre el Pirineo y a través de Francia. Barcelona, sus hombres de armas y de la industria y de las letras. Y sus mejores gañas en testimonio de afecto irrompible, de la más firme obediencia y de la más lograda disciplina. Cataluña y Barcelona no olvidan el viaje del Caudillo y de seguro que él tampoco lo olvidará.

JOSE M.º GARCIA RODRIGUEZ

CENTRO DE ENSEÑANZA MERCANTIL
AGREGADO A LA

Academia Cots

ESTUDIOS COMERCIALES
PERITAJE MERCANTIL :: IDIOMAS

Plaza de Maluquer y Salvador, núm. 9 1.º